



6+



Cuando Stacey y su padre compran un ataúd para su tienda de antigüedades en Australia, no se imaginan lo que contiene... ¡Un auténtico vampiro! Sin saberlo, lo embarcan rumbo a Australia. Pero, con la ayuda de Stacey y de unas sabrosas ideas, el vampiro descubre que la vida puede ser divertida.



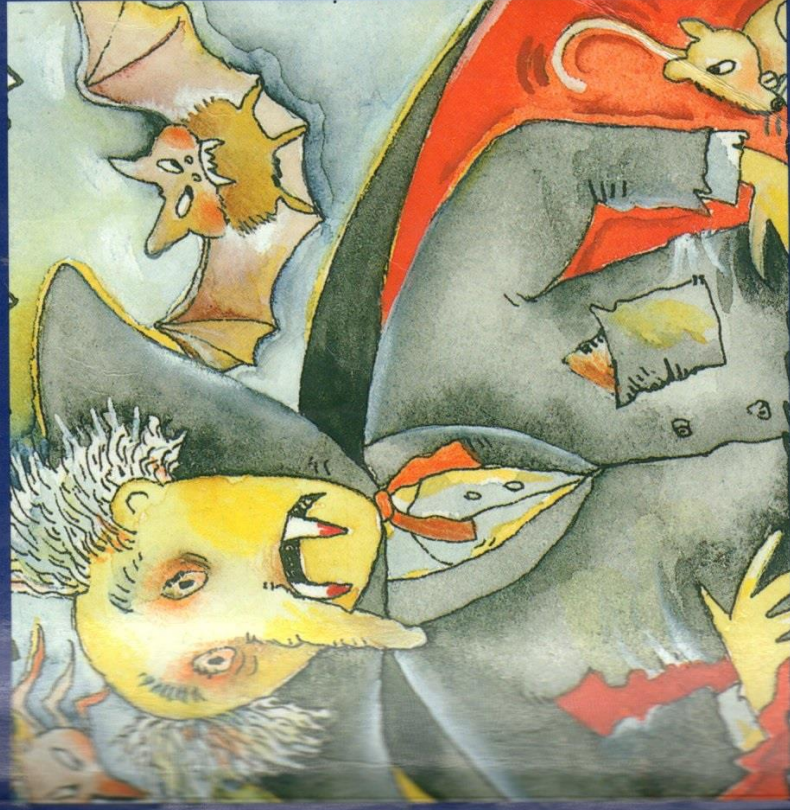
edebé

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)



# El Conde Drácula en Australia

ANN JUNGMAN




edebé

12.ª EDICIÓN

Ann Jungman

# El Conde Drácula en Australia

Ilustraciones: Mercè Aránega

 edebé

# Índice

Capítulo uno . . . . .	9
Capítulo dos . . . . .	19
Capítulo tres . . . . .	25
Capítulo cuatro . . . . .	33
Capítulo cinco . . . . .	41
Capítulo seis . . . . .	49





## Capítulo uno

—C uando llegues al cruce, gira a la izquierda —dijo Stacey a su padre—. Luego, vuelve a torcer a la izquierda y llegaremos a *Little Boggington*. La casa está justo después de *El Perro y el Pato*.

—¿El qué? —preguntó su padre mientras giraba hacia el callejón.

—*El Perro y el Pato* —se rió Stacey—. Debe de ser un bar.

—¡Qué nombres más raros ponen los ingleses! No se parecen nada a los que ponemos en Australia, ¿verdad, Stacey?



—¡Tienes razón, papá! Será porque Inglaterra es un país más viejo que Australia.

—Puede que sea eso —afirmó su padre—. Mira, ahí está *El Perro* y *el Pato*. Aparcaré aquí y comeremos algo antes de la subasta.

—¿Qué es una subasta, papá? —preguntó Stacey mientras se comía un pedazo de pollo.

—Pues un lugar en el que la gente quiere adquirir algún objeto puja, es decir, ofrece dinero para conseguirlo; y el objeto va a parar al que ha ofrecido más.

—¿Es como en las películas en las que un hombre golpea con un martillo y dice: «quién ofrece más, a la una, a las dos, a las tres, adjudicado al señor del fondo»?



—Exactamente. Y quiero aprovechar los días que vamos a estar en Inglaterra para asistir a unas cuantas subastas y conseguir algunos objetos antiguos para la tienda. Las antigüedades inglesas son muy valoradas en Australia.

—¿Me dejarás ayudarte a escoger un objeto y pujar por él?

—¡Claro! —aseguró su padre mientras apuraba el último sorbo de su bebida—. Además, podrás pujar tú sola. Sólo tendrás que levantar el dedo o saludar con la cabeza cuando yo te diga.

Después de comer, Stacey y su padre se dirigieron a la casa en que se celebraba la subasta. Entraron en una enorme y destaralada sala, abarrotada de muebles,



cuadros y libros viejos. El padre dejó que Stacey pujara por dos sillas de madera de roble y por un espejo de tocador, pero otros asistentes hicieron mejores ofertas.

Cuando todo parecía vendido, el subastador preguntó:

—¿Qué ofrecen por este magnífico y viejo ataúd de madera?

—¿Quién va a querer semejante anti-gualla? —dijo alguien.

—¡Vaya trasto! —exclamó otro.

—¿Por qué no lo compras, papá? —preguntó Stacey—. ¡Seguro que en Australia nadie ha visto un ataúd como éste!

—¿Crees que alguien nos lo compraría? —preguntó su padre.

—Aunque no nos lo compraran, atrae-





ría a muchos curiosos a la tienda, aunque sólo fuera para mirarlo.

—¿Quién ofrece 20 libras por este bonito ataúd antiguo? —preguntó el subastador.

Silencio.

—¿Y 10 libras?

Stacey asintió con la cabeza.

—La niña del fondo ofrece 10 libras por el ataúd. ¿Quién ofrece más?

Silencio absoluto. El subastador golpeó la mesa con el martillo.

—¡Adjudicado a la señorita por 10 libras!

Cuando Stacey y su padre se acercaron a reclamar el ataúd, oyeron los chicheos de la gente que los rodeaba:

—¡Están locos! ¡Diez libras por eso?



—¡Tienes razón, me parece que tienen más dinero que seso! —dijo otra voz.

—¿A qué dirección debemos enviar el ataúd, señor? —preguntó el subastador.

—¿Podría enviarlo a mi tienda de antigüedades en Sydney, Australia, por favor? Aquí tiene mi tarjeta.

—Por supuesto, señor. Tardará unos tres meses por barco. Supongo que no tiene prisa, ¿verdad?

—No. En realidad no creo que lo vendamos, pero mi hija está convencida de que es tan original que atraerá clientes.

—Bueno, no lo dudo. Este tipo de ataúdes de Transilvania debe de ser poco común en el rincón del mundo en que viven ustedes.



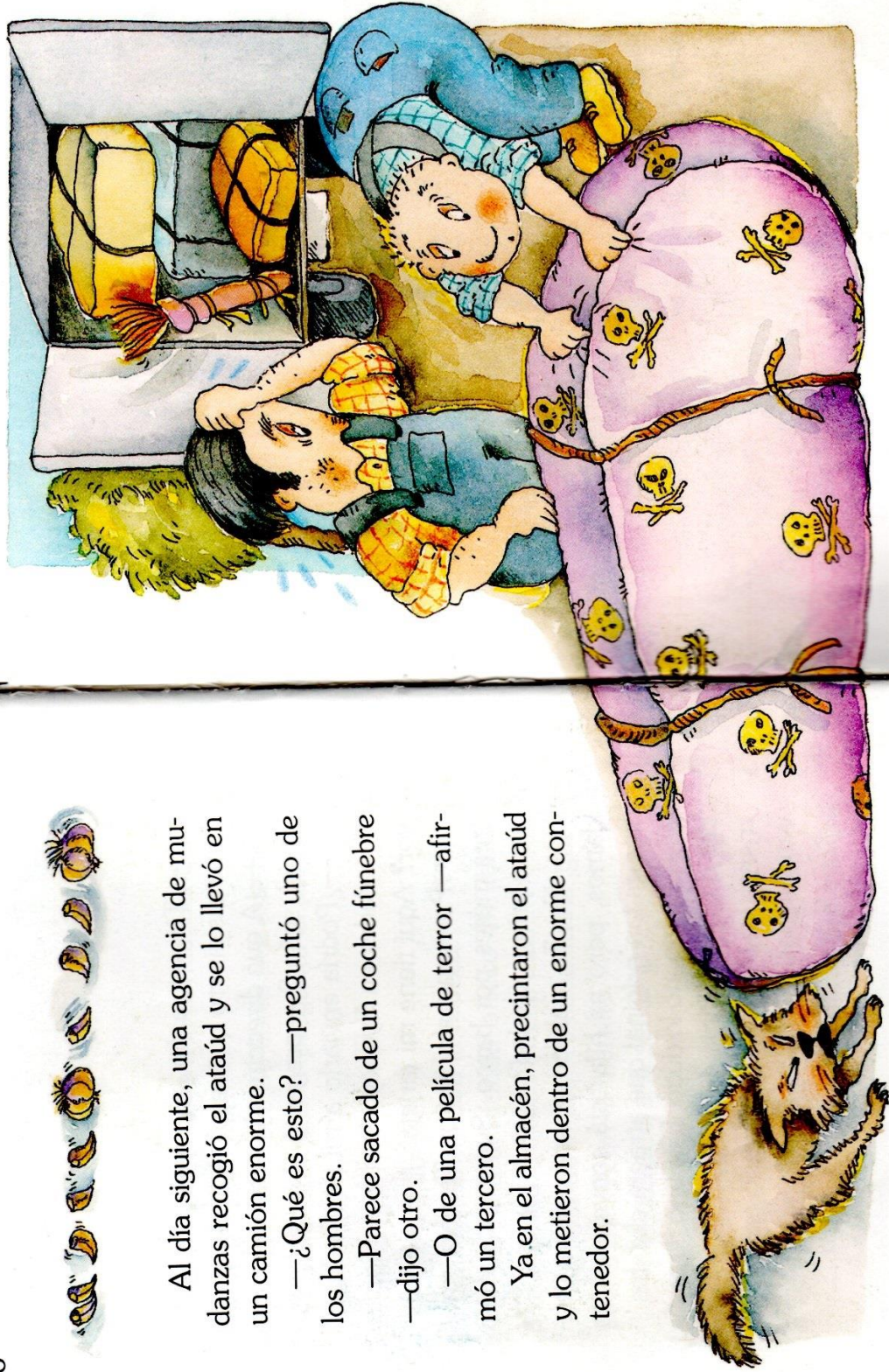
Al día siguiente, una agencia de mudanzas recogió el ataúd y se lo llevó en un camión enorme.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de los hombres.

—Parece sacado de un coche fúnebre —dijo otro.

—O de una película de terror —afirmó un tercero.

Ya en el almacén, precintaron el ataúd y lo metieron dentro de un enorme contenedor.



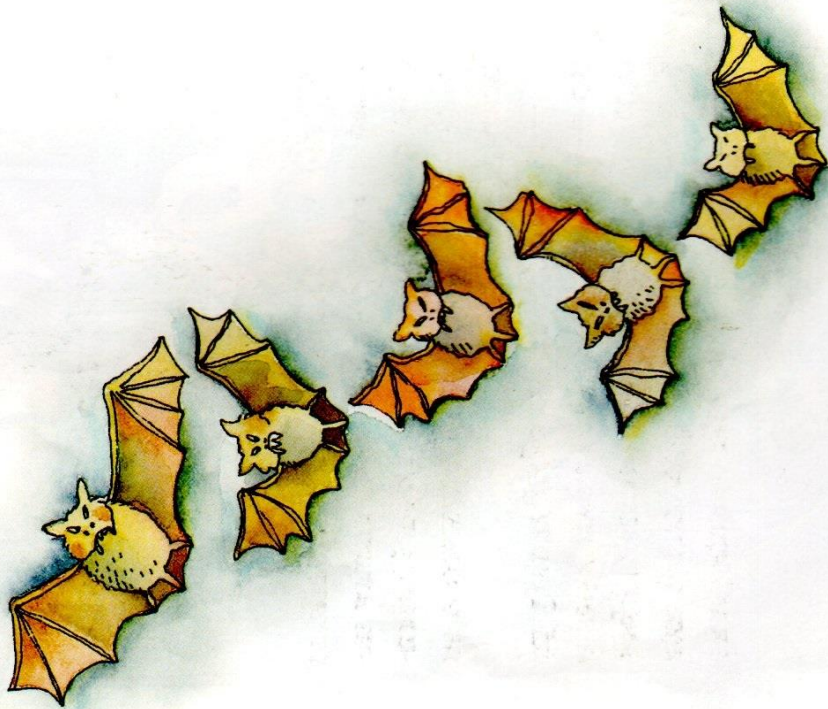




## Capítulo dos

Ensa mesma noite, la tapa del ataúd se abriu lentamente y de su interior saalió el mismísimo Conde Drácula. Con cara de mal humor, echó un vistazo a su alrededor.

—¿Dónde diablos estoy? Mi ataúd y yo no paramos de movernos de un lugar a otro. ¡Basta ya! Encima, por las noches no se ve un alma. ¡Vaya injusticia! A este paso, no podré vengarme de esta gente cruel.





Días después, se llevaron el bulto al puerto. Y una tarde, cuando empezaba a oscurecer, lo izaron lentamente con ayuda de una grúa. El Conde Drácula intentó salir del ataúd, que no paraba de balancearse.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude a salir de aquí!

El hombre que manejaba la grúa paró el motor.

—¡Aquí dentro hay alguien que chilla! —dijo.

—¡Vamos, anda! —exclamaron los hombres desde el muelle—. Son imaginaciones tuyas.

Aun así, bajó el contenedor hasta la bodega del barco, mientras el Conde Drácula se agarraba con fuerza al ataúd con



las dos manos. De pronto, el bulto golpeó el suelo de la bodega y el Conde salió disparado del interior y se dio de narices contra el suelo.

«No le veo la gracia», pensó. «Estoy harto. Cuando acabe esta horrible jugandilla, sabrán con quién se la están jugando. ¡Faltaría más! Correrá la sangre. Cuando llegue a mi destino, les enseñaré



que no se puede tomar el pelo al Conde Drácula.»

El Conde Drácula permaneció en la bodega durante semanas. El mar estaba muy agitado y se mareó.

—Me siento mal —gimoteaba—. En mi vida me había encontrado tan mal. ¿Cuándo terminará este viaje?

Nadie oía sus sollozos, excepto las ratas del barco, que no se mostraron muy comprensivas.

—¡Deja de quejarte, viejo vampiro bobo! —gritó una de ellas.

—Los dos primeros años son los peores —dijo otra—. Sólo te quedan veintitrés meses de viaje.

Drácula se tapó la cara con las manos.



—¡Es una broma! —se burlaron las ratas—. Llegaremos dentro de seis semanas.

Finalmente, el barco atracó y el ataúd, con el Conde en su interior, fue descargado en el muelle del puerto de Sydney, Australia.



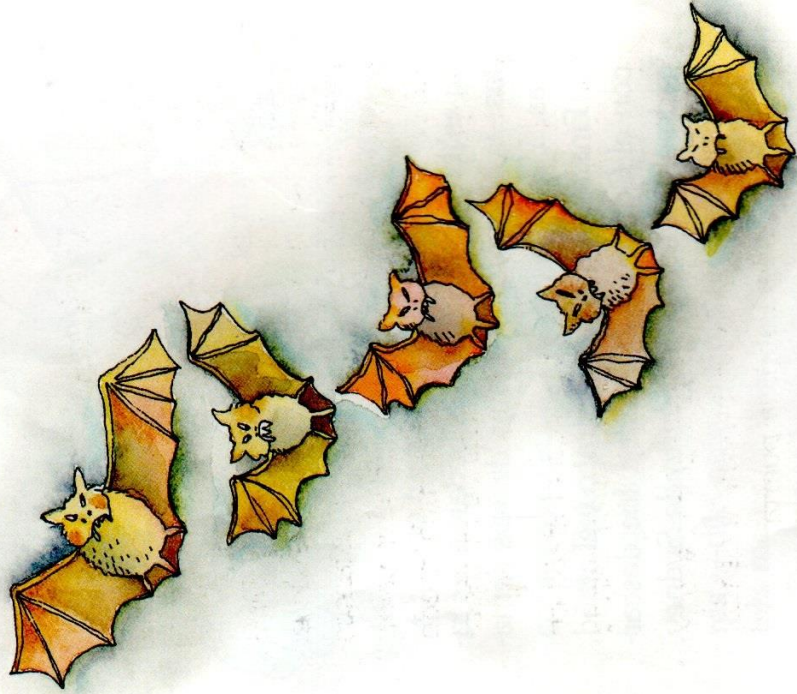
## Capítulo tres

—¡Uf! —exclamó el Conde Drácula aquella noche, desde el interior del ataúd—. Parece que estamos en tierra firme, pero hace mucho calor. Me gustaría estar en casa, en mi húmedo castillo, en las faldas heladas de mi montaña de Transilvania.

Al día siguiente, cargaron el ataúd en un camión y lo entregaron en la tienda de antigüedades.

El padre de Stacey miró por la ventana de su casa, justo encima de la tienda, y bajó corriendo a abrir la puerta.

—¿Es para usted este ataúd, jefe?





—¡Sí! Es una pieza antigua para el escaparate de la tienda.

Los hombres metieron el ataúd en el establecimiento justo cuando el Conde había conseguido dormirse.

—¿Os apetece tomar una taza de té o una cerveza? —preguntó el padre de Stacey.

—Gracias, jefe. Una cerveza me sentará bien. Esta especie de féretro pesa como un muerto.

Al salir de la escuela, Stacey se moría de ganas de ver el ataúd.

—Tienes que ponerlo en el escaparate —sugirió.

—¿Estás segura? No me acaba de vencer. Me parece que podría asustar a



los clientes. Quizá fue un error comprarlo —dudaba el padre.

—Déjalo una semana en el escaparate y lo averiguaremos.

—De acuerdo —se resignó el padre—. Supongo que no tenemos nada que perder.

Aquella noche, Stacey no podía dormir. Bajó a la tienda sigilosamente y abrió el escaparate. Observó el ataúd y, con gran horror y sorpresa, vio la silueta de un hombre que estaba sentado sobre él, abatido, y que escondía la cabeza entre las manos.

«¡Dios mío, hemos dejado a un cliente encerrado en la tienda!», pensó.

—¿Se encuentra bien? —preguntó



Stacey, con un dedo muy cerca del botón de la alarma, por si las moscas.

—¡No, no me encuentro nada bien! —se quejó—. ¡Estoy fatal!

—¿Qué te pasa? —preguntó Stacey en un tono amable.

—Hace mucho calor —gimió el Conde—, he navegado durante tres meses y me he mareado mucho. Nunca había estado peor... Nunca, nunca, jamás.

—¿Estás insinuando que durante todo este tiempo has viajado dentro del ataúd? —preguntó Stacey sorprendida.

—¿Cómo si no podría viajar el Conde Drácula? —dijo el Conde.

—¡No eres el Conde Drácula! —se rió Stacey—. Quieres tomarme el pelo. ¡Eres un polizón del barco!





—¡No, de verdad! Soy Drácula. Díme...: ¿cómo se llama este horrible lugar?

—No es un lugar horrible —chilló Stacey indignada—. Esto es Sydney, Australia.

—¿Australia? ¿Has dicho Australia? ¡Oh, no! ¡Qué desastre! ¡El final del Conde Drácula!

—¿Qué te pasa?

—Un vampiro sólo puede ser vampiro al Norte del Ecuador. Al Sur del Ecuador, dejamos de sentir el ansia de beber sangre. Por esa razón no hay vampiros en Australia. ¡Dios mío! ¿Qué será de mí?

—No te preocupes —dijo Stacey mientras le cogía la mano y le daba su pañuelo—. Ya pensaremos algo.

—¿Por qué te preocupas por mí? —gi-



moteó el Conde—. A la gente no le gustan los vampiros. Nadie se había preocupado antes por mí.

—Estás aquí por mi culpa —le explicó Stacey—. Convencí a mi padre para que comprara el ataúd y por eso debo ayudarte. Además, me gustas, aunque no creo que seas el verdadero Conde Drácula.

—Enciende la luz —dijo el Conde— y verás quién soy. He perdido mis poderes maléficos en el barco pero, a pesar de todo, sigo siendo el famoso y temido Conde Drácula.



## Capítulo cuatro

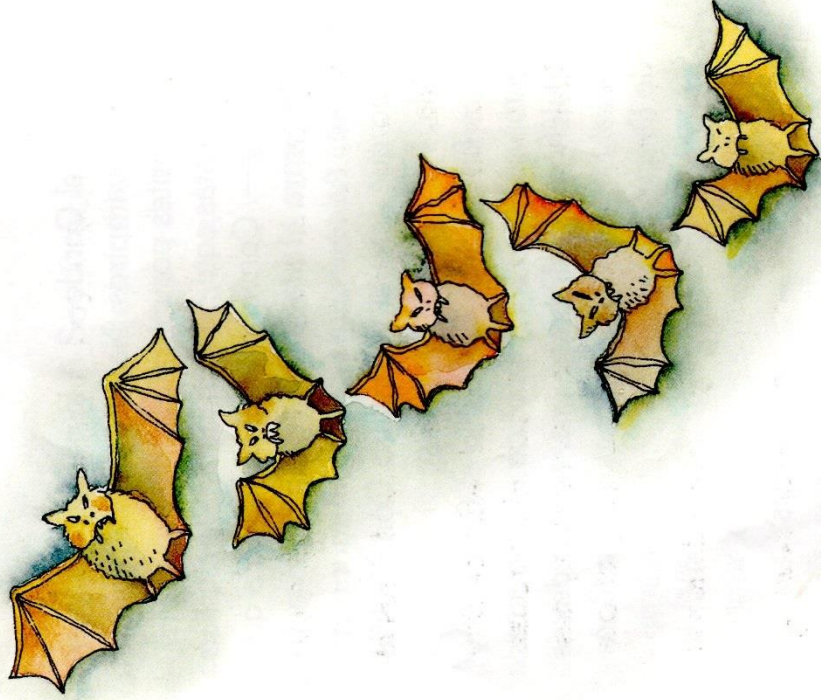
Stacey encendió la luz y gritó entusiasmada:

—Es cierto. ¡Eres un vampiro! ¡Eres el Conde Drácula!

Al ver luz en la tienda, el padre de Stacey pensó que habían entrado a robar. Llamó a la policía sigilosamente y, después, agarró una pistola antigua y bajó la escalera sin hacer ruido.

—¡Manos arriba! —gritó apuntando al Conde con la pistola.

—¡No pasa nada, papá! —dijo Stacey—.







Es el Conde Drácula... Estaba en el ataúd.

—¡Apártate! —chilló el padre asustado—. Ya sabía yo que iba a ser un error comprarlo. No me lo perdonaré nunca... ¡He traído al Conde Drácula a Australia! ¡Qué desgracia! ¡Rápido, Stacey, ve a la cocina a buscar ajos y pónselos delante! ¡Hazme caso!

Stacey se encogió de hombros e hizo lo que su padre le había pedido. Drácula vio los ajos y empezó a llorar.

—No llores, Conde —dijo Stacey, que tiró los ajos y le abrazó—. Vamos a cuidarte.

El padre de Stacey se quedó blanco, cogió un cubo con agua y se la echó al Conde por encima.

El Conde sonrió: ☺





—¡Maravilloso, qué refrescante! ¡Más, por favor!

—¿Qué pasa? —preguntó el padre de Stacey—. Creía que los vampiros huían cuando veían ajos y se asustaban con el agua.

—En Australia, no —explicó el Conde—. He perdido mis poderes especiales al cruzar el Ecuador.

—¿Ya no eres un vampiro? —preguntó el padre de Stacey.

—Me temo que no. Soy como cualquier persona de las montañas de Transilvania que está lejos de su casa y no soporta el calor.

En aquel momento, un coche de la policía paró en seco frente a la tienda y tres policías entraron a toda prisa.



—No es un ladrón —les contó el padre de Stacey—. Es el Conde Drácula. Ha venido dentro del ataúd.

—¡Qué locura! —comentó un policía.

—Es un actor que nos está tomando el pelo —dijo otro.

—Señor —dijo el Conde, mientras se ponía de pie—, ya no soy malvado ni churpo sangre. Tampoco soy un actor ni les estoy tomando el pelo, aunque no me habría disgustado darles un mordisco. Soy el Conde Drácula de Transilvania.

Los policías retrocedieron aterrorizados.

—No se asusten —dijo Stacey—. Ha perdido sus poderes al cruzar el Ecuador.

—Es cierto —confirmó su padre—. Mi hija le ha mostrado ajos y yo le he echa-



do agua fría por encima y no se ha inmutado.

—¿Inmutarme? —chilló el Conde—. Ha sido lo mejor que me ha pasado en meses. ¡Mójame de nuevo, por favor! Este calor australiano destroza a cualquier habitante de las montañas.

Stacey llenó de nuevo el cubo de agua y lo tiró sobre el Conde, que se sentó sobre el ataúd chorreando y sonriendo de felicidad.

Los policías no le quitaban el ojo de encima.

—Si ha entrado en el país dentro de este ataúd, jefe, es un inmigrante ilegal —dijo uno.

—¿Tiene pasaporte o algo parecido? —preguntó otro.



—Soy el Conde Drácula. Mi aspecto y mi reputación son mi pasaporte. ¡Pedirme papeles, a mí...!

—En ese caso, me temo que tendrá que acompañarnos a la comisaría.

Tras lo cual, le pidieron al Conde que entrara en el coche de la policía.

—No te preocupes —le consoló Stacey—. Mañana iremos a verte y lo solucionaremos todo.





## Capítulo cinco

**A** l día siguiente, Stacey y su padre cumplieron su promesa.

—¡Hola! —saludó el policía de la entrada—. ¿Vienen a ver al Conde? Se ha instalado en la ducha. Ha sido la única forma de hacerle callar.

—¿Qué va a pasarle? —preguntó Stacey.

—Está por ver. Pasen, voy a buscar a Draco.

—¿A quién? —preguntó Stacey.

—A Draco, el Conde. Hemos decidido acortarle el nombre... y parece que le





gusta. En serio, le gusta... Lo encuentra cariñoso.

Unos minutos después, Draco llegó chorreando con una bolsa de hielo en la cabeza.

—¿Cómo estás? —preguntó Stacey, poniéndose de puntillas para darle un beso.



El Conde sonrió.

—Mejor, ahora que estáis aquí. Tengo amigos —dijo—. No había tenido un amigo en toda mi vida.

—Draco, han llegado noticias del Departamento de Inmigración —dijo el policía—. Como tú no tenías intención de ser un inmigrante ilegal, no van a castigarte. Pero han pensado mandarte de vuelta a tu país en avión, dentro del ataúd.

—¡Qué amables! —dijo el Conde—. Son muy amables, pero si es posible, señor, prefiero quedarme aquí.

—¿Por qué? —preguntó el padre de Stacey—. Si no puedes soportar el clima.

—Ya me acostumbraré —replicó el Conde—. Me gustan los australianos, y



aquí tendré amigos y me llamarán Draco.

—¿De qué vas a vivir? —se interesó uno de los policías.

—Voy a abrir un restaurante —contestó el Conde—. Desde el coche de policía vi restaurantes de todo tipo. El mío será distinto. Se llamará *Casa Draco*. Es-táis invitados a la inauguración.

—Nos encantará ir, Draco —dijeron los policías—. No nos lo perderíamos por nada del mundo.

Durante unos meses, el Conde se fue a vivir con Stacey y su padre. Dormía en el congelador de su casa.

Se ganaba la vida asustando a los niños y niñas en las fiestas de cumpleaños.

En poco tiempo reunió dinero sufi-



ciente para alquilar un local al lado de la tienda de antigüedades.

Después, encargó a unos operarios que le decorasen el local.

—¿Está seguro de que quiere las mesas y las sillas en forma de ataúd? —preguntó un carpintero.

—¡Por supuesto! —replicó el Conde.

—¿De verdad quiere que pintemos



murciélagos en el techo y telarañas en las paredes? —preguntaron los pintores.

—¡Claro! —gritó Draco—. Tantas como puedan.

—Nadie entrará en un restaurante decorado así —decía Stacey.

—¡Yo no entraría ni atado! —murmuró un operario.

—Pues sería la única manera de hacerle entrar —contestó otro.



—Esperad y veréis —dijo Draco—. Va a ser el restaurante más famoso de Australia, y el más frío... He mandado instalar un aire acondicionado especial. Y yo mismo seré el camarero.



## Capítulo seis

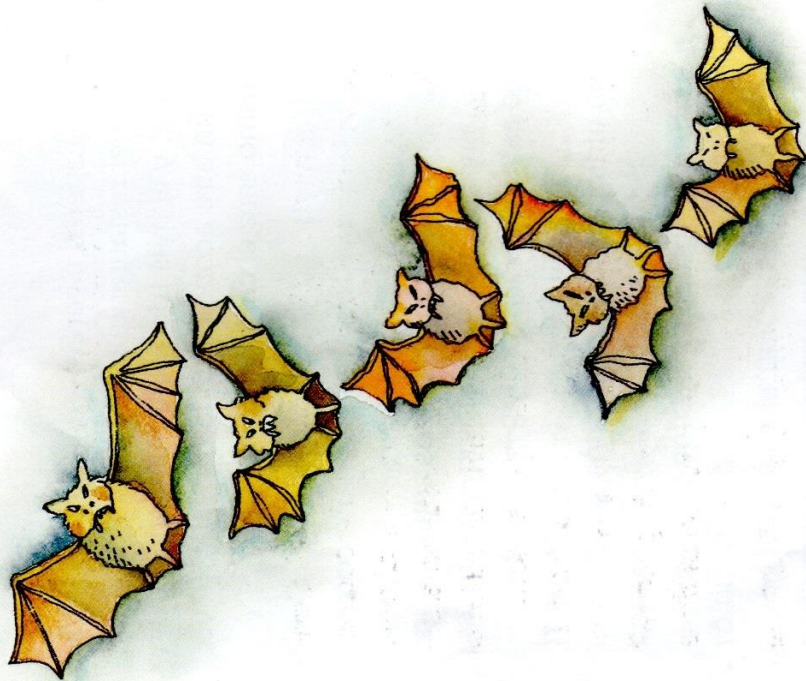
La noche de la inauguración, el Conde dio unas recetas al jefe de cocina.

—Sigue mis instrucciones —le dijo—. No puedo quedarme en la cocina para supervisar todo porque hace demasiado calor. Pero haz lo que te digo, si no...

Stacey y su padre fueron a animar al Conde por si estaba preocupado.

—¿Creéis que mi restaurante gustará? —les preguntó el ex vampiro, secándose el sudor de la frente.

—No te preocupes, Draco —dijo el padre de Stacey con una sonrisa—. Será







el acontecimiento más importante que ha sucedido en esta ciudad desde que se inventó el pan de molde.

Sólo había un menú.

### ENTRANTE

Sopa de murciélago y pan francés crujiente



### PLATO FUERTE

Estofado de vampiro sobre lecho de puré de patatas con mantequilla batida



Ensalada negra crujiente



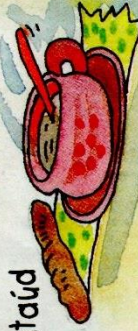
Aquella noche el restaurante estaba lleno a rebosar.

### POSTRE

Pastel diabólico de Draco con natillas rojas

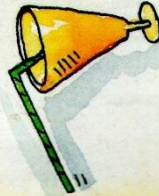


Café del Conde con chocolate de los Cárpatos alataúd



### BEBIDA

Terrorífica copa de Transilvania





Al leer la carta, los invitados hicieron muecas y dijeron:



—¡Chsss! Vais a herir los sentimientos de Draco. Si no podéis comerlo, metedlo en el bolso.

Sin embargo, cuando el Conde sirvió el primer plato y los invitados lo probaron, la expresión de sus caras cambió:



—¡La mejor sopa que he probado en mi vida! —comentaban.  
Y dijeron lo mismo del resto de la cena.

Cuando todos hubieron comido hasta



hartarse, salió el jefe de cocina y todos levantaron la terrorífica copa de Transilvania para brindar:

—¡Por el Conde Draco y su restaurante!

El Conde se sentía feliz.

—Propongo otro brindis —anunció—: Por Stacey, su padre y la mejor tienda de antigüedades de la ciudad.



A partir de aquel día, el restaurante estuvo lleno cada noche y Draco hizo tantos amigos que perdió la cuenta.

Durante el día, mientras el cocinero trabajaba, el Conde se sentaba en el congelador hasta la hora de servir las cenas en la famosa *Casa Draco*.

Draco tenía muchos amigos, pero Stacey y su padre se convirtieron en su familia. El Conde comía con ellos los domingos y, de vez en cuando, salían de excursión a la playa. Allí, Stacey se divertía enseñando natación, *surf* y esquí acuático a Draco.

Mientras ellos comían, Draco se sentaba en la orilla con un sombrero, repleto de corchos para no hundirse y contaba sus proezas de Transilvania a todos los



que querían escucharle. De esta manera, se convirtió en una atracción turística para la zona. Y él se divertía mucho.

En cuanto a Stacey y su padre, la tienda de antigüedades fue la más famosa y rentable de Sydney. De vez en cuando, Draco se acercaba para meterse en su ataúd y, cuando la gente iba a saludarlo, murmuraba:

—Los que ahora son mis amigos podrían haber sido mis víctimas. ¡Ay, los viejos tiempos!... ¡Han quedado atrás, y no volverán!

Stacey y su padre lo miraban y sonreían.

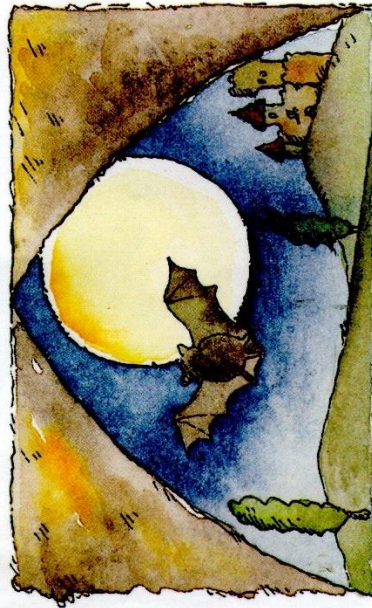
—Hiciste bien en insistir para que comprara el ataúd, Stacey —decía el padre—. Tenemos un amigo y la tienda funciona de maravilla.





—Sí —afirmó Stacey—. Y Draco tiene su restaurante.

—¡Ah! —suspiraba Draco—. A veces echo de menos Transilvania. Puede que vuelva algún día y recupere mis poderes de vampiro. Quién sabe...



## EL CONDE DRÁCULA EN AUSTRALIA

### **Autora:**

Ann Jungman fue abogada y trabajó también como profesora antes de empezar su carrera como escritora.

Vivió en Australia, pero actualmente reside en Londres. Además de escribir, sus aficiones preferidas son cocinar, ir al teatro y visitar galerías de arte.

Los personajes de sus novelas suelen ser brujas, vampiros, monstruos...